

VALDEAJOS: FIESTA DEL P

MADRUGADA del sábado en la Lora. «Un vasito, sólo ha salido un vasito...», me dice Mathieu, jefe del turno, sonriendo. «Nada, nada», se lamenta el sonlista Julián Staur. Miro a mis compañeros (nunca he visto a tantos periodistas y fotógrafos juntos, esperando la misma noticia) decepcionados y con cara de víctimas de una broma. La hoguera —cuya misión era quemar los gases que brotasen del pozo— sirve al menos para ahuyentar el frío. Su rito ha carecido de sortilegio. «Algún error técnico», intenta razonar alguien. Pero no hubo error. Ni error ni petróleo. Ni noticia.

Se volverá a la primera capa. Ya se preparan las bases para los depósitos que recogerán el chorro negro. Se cambian impresiones entre Nueva York y Madrid. «Custro mil dólares cada día. Sí, cuatro mil dólares». Así me lo certifica y está dispuesto a jurár-

melo alguien que tiene por qué saberlo: esto es lo que cuesta la prospección. No es raro, pues, que se vacile.

¿Se vacila? No hay modo de confirmarlo: los técnicos son mudos, los directivos callan. Hoy, después de la prueba, casi todos han cogido su coche y se han despedido hasta dentro de unos cuantos días. Los obreros se disponen a entubar nuevamente.

Pero el petróleo ya es espectáculo. Para nosotros, esta madrugada, un espectáculo fallido. Sin embargo, los periódicos mueven montañas. Han roto la indiferencia y empiezan a promover el turismo hacia el altiplano. Para estos palentinos que acaban de descender del autocar, poco preocupados por problemas técnicos o científicos, el campamento del petróleo es un espectáculo vivo, aunque el turbio surtidor no haya surgido hoy.

Espectáculo... Lo ha adivinado el más avi-

sado del contorno: ha establecido a la entrada el primer aguaducho. Con un tractor y cuatro tablas, una tienda de vino, buen vino del país, para una nutrida clientela en plan de «fin de semana» económico. Lo ha adivinado Casilda, la chica de Burgos que se hará «rica» aquí rifando sus cajas de galletas.

Y para Valdeajos hoy el petróleo es fiesta. A Valdeajos le tiene sin cuidado, por ahora, la ley de hidrocarburos. Aquí arriba el viento helado se lleva muchas cosas pero no la capacidad para soñar. Y hoy es fiesta grande en la plaza de la fuente, en la taberna «El rey del petróleo» —snack bar, brasserie, como ha pintado un bromista sobre la fachada—, y en casa del cura donde se reúnen a comer autoridades, periodistas y técnicos. A las puertas del pueblo los niños agitan banderitas cuando llegamos. Saludan los veci-

Valdeajos le ha robado al pueblo de Ayoluengo su fiesta de San Antonio. Viejos y jóvenes celebran la salida del petróleo en la plaza de la fuente. Se baila el «bossa nova» y se brinda en «El rey del petróleo» —snack, brasserie— con vino del país. El pueblo de Valdeajos ha olvidado hoy por completo la ley de hidrocarburos...



ETROLEO



EDUARDO G. RICO (TEXTO), SANCHEZ MARTINEZ (FOTOS), ENVIADOS ESPECIALES

nos, hombres secos, enjutos, curtidos por el sol y el viento en la siembra de la patata o el trigo. Celtiberia. Alguien dice a mi lado «Aquí falta hoy Herreros». Pero burlarse de este candor, de esta simplicidad rústica, de esta alegría sin ton ni son, es, si no estúpido, injusto. Paletos al revés. No hay más que recordar que del trabajo de estos hombres, del trabajo de miles como ellos, se extrae, todavía, la mitad de la riqueza nacional. Sin embargo, los decepcionados del petróleo buscan compensaciones. Y les viene bien esta caricatura viviente de aquí, o el alborozo ciego de aquellos que acarician millones en su imaginación, o tal vez, solamente, una vida mejor, mientras toman un vaso en la taberna y hacen de la rivalidad con Sargentos —al que ahora llaman, en un chiste fácil, «Tenientes»— una competición en la que se sienten vencedores, porque Ayoluengo es «suyo». Vienen bien para los fotógrafos estos rostros ingenuamente alegres contemplando el paso del arroz con pollo camino de la casa del banquete.

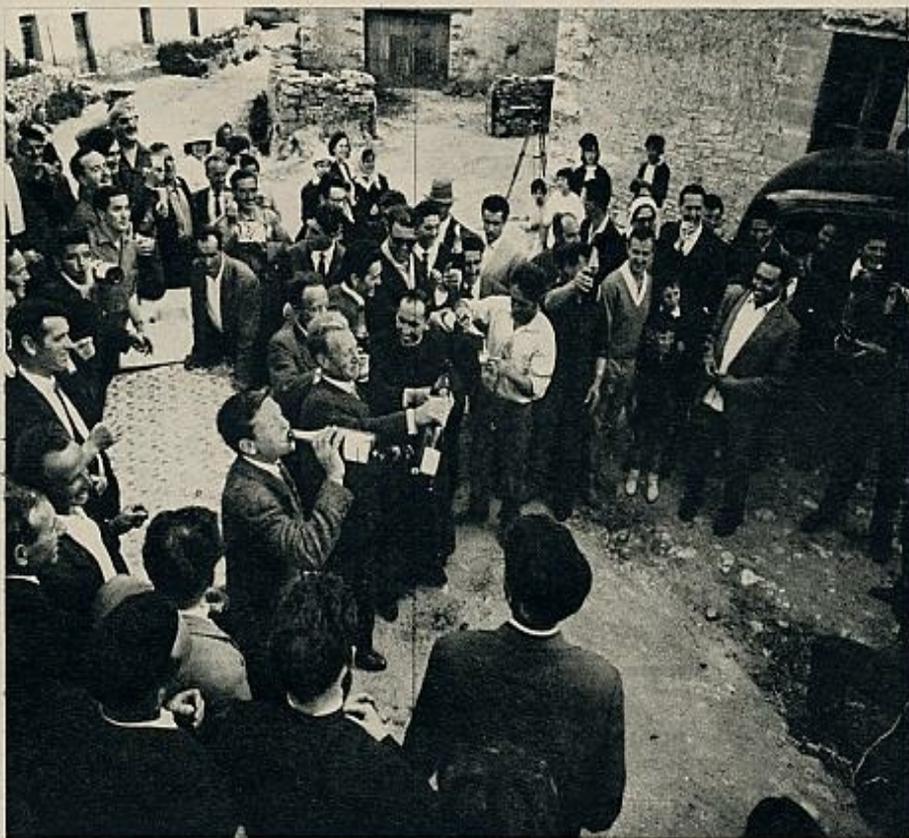
Valdeajos ha robado su fiesta de San Antonio, por una vez, al pueblo de Ayoluengo. Los vecinos de este lugar han puesto el grito en el cielo inútilmente, y se han negado a venir aquí. No importa. Por mil seiscientas pesetas el cura de Valdeajos ha alquilado los servicios de una orquesta, que tocará melodías modernas hasta el amanecer. Inaugura su actuación en la sobremesa, poco antes del brindis con champán. Arranca nada menos que con un «bossa-nova». Y ahí están ya, sin ningún miedo, moza con moza bailando. Los mozos, aparte, esperan. Luego se baila de todo, como sea, con el pasodoble, claro, como favorito.

El champán. Tumulto. ¿Cuántos lo probarán por vez primera en su vida? Mandan sobre el terreno los fotógrafos, el Nodo, la Televisión. No manda el alcalde. La mesa para servir la bebida se coloca a gusto de nuestros compañeros. Junto a la fuente, para que quede bien. Y es uno de ellos el que da la señal de empezar. Sin copas, sin vasos, a chorro abierto, cae el champán sobre las bocas. «Usted también, abuelo», grita uno de los nuestros. Y el abuelo bebe para

la posteridad. «Bah, no era para tanto», comenta al terminar. Pueblo español. Beben también las viejas campesinas, con cara de susto. Luego el cura reparte «farias» entre los periodistas. El alcalde ha sido desbordado. Sesenta botellas consumidas, casi a una por cabeza. La alegría sube al máximo grado. De las sesenta, veinte fueron regaladas por la empresa. Del resto, el alcalde sabrá. Pero Ayoluengo, dice el alcalde, puede dar para todo. «Don Diego, don Lope, don Rodrigo... Italia y Flandes...» Esta es la historia que nos

han contado. Hoy la historia la hacen, en Hannover, en Hamburgo, en la Citroën o la Renault de París, Antonio, José, Manuel, que han salido de aquí buscando mejor suerte. Y los que quedan... Estos que estrenan champán y «bossa-nova» para impetrar la redención del petróleo, y que tomarán mañana a sus patatas y a su trigo... la mitad de nuestra riqueza.

La ley de hidrocarburos... Es igual. A Valdeajos nadie podrá despojarle ya de esta alegría de hoy.



Brindis con champán. ¿Cuántos lo probarán por vez primera en su vida? Fue, en realidad, un brindis prefabricado por fotógrafos y periodistas. Sin copas ni vasos, a chorro abierto, cae el champán sobre las bocas. Se consumieron sesenta botellas. Casi tocaron a una por cabeza. Veinte botellas las regaló la Compañía.